

Descifrar el futuro

Brian Holmes

"Decipher the Future": <http://brianholmes.wordpress.com/2009/09/06/decipher-the-future/>

En *Escape the Overcode. Activist Art in the Control Society*, Van Abbemuseum, Eindhoven, y WHW, Zagreb, 2009.

Traducción castellana de Paula Aguilar y Marcelo Expósito, publicada en *Katatay. Revista Crítica de Literatura Latinoamericana*, dossier *Vanguardias, neovanguardias, postvanguardias: cartografías de un debate*, editado por Fernando Davis y Ana Longoni, Rosario, Argentina, 2009.

Nos encontramos en el umbral de un cambio social, habiendo fracasado el modelo económico responsable del derretimiento glacial y de empujarnos a un estado de guerra devastadora. La paradoja estriba en que parecen ser pocas las personas deseosas de experimentar un cambio en sus vidas y de contribuir a una transformación histórica que esté a la altura de la que nos hacen soñar el arte y la filosofía, el tipo de transformación que deseamos intensamente frente la violencia que reina en el mundo. A diferencia de lo que sucedió en la Argentina del cambio de siglo, los bancos, ahora, no han echado el cierre ni siquiera temporal; tampoco la clase media se ha arrojado a las calles para plantarse, codo con codo, al lado de los trabajadores y los excluidos. Y aun si esto sucediera, no es seguro que fuera suficiente.

Son difíciles de olvidar las imágenes de la policía en formación infinita custodiando las boutiques de Buenos Aires, mientras las marchas sumaban miles de insurrectos. Tan difícil como resulta olvidar el testimonio de uno de los *enragés* de Mayo del 68 en París, a quien el azar me llevó a conocer, explicando su sorpresa —y su desilusión irreversible— cuando agosto llegó y los radicales que habían paralizado la ciudad *se fueron de vacaciones*. Estas dos imágenes emblemáticas —la del poder de hacer cumplir a pesar de todo un estado de cosas asfixiante y la del vacío que se agranda succionándolo todo— pueden servir de preludeo a mi investigación, que intenta responder a una pregunta tridimensional: ¿qué es lo que provoca un corte, una *ruptura* en sociedades como las nuestras?, ¿de qué manera una momentánea desviación de la norma se convierte en una alternativa duradera?, y si tal alternativa existe de veras, ¿con qué oportunidades cuenta en la crisis presente?

Esta pregunta interroga acerca de las metamorfosis que las subjetividades experimentan cuando atraviesan procesos de resistencia colectiva. Pero también inquiera sobre la manera en que tales cambios acaban por diluirse en la evolución de la sociedad en el curso del tiempo. Finalmente, plantea cuál es el horizonte de posibilidad de estas mutaciones, qué es lo que hacen posible en el futuro.

Sombras eléctricas

La izquierda coincide en reconocer que la última ruptura histórica fue provocada por el movimiento

del 68, que tuvo lugar no sólo en el opulento Norte sino también en el Sur, donde se alcanzó el punto culminante de las luchas por las independencias nacionales. Pero aceptar que hubo otra ruptura histórica en 1989 suele hacerse si acaso a regañadientes, pues la izquierda considera que la caída del Muro y el colapso de los regímenes socialistas consistió en una implosión inevitable, y no fue el resultado de la voluntad de una sociedad. En cualquier caso, existe un problema con la concepción misma de "ruptura histórica" que proviene de la dialéctica marxista, pues forma parte de un esquema teleológico de la historia entendida como una lucha entre clases sociales autoconscientes, impulsada por un proletariado conocedor de sus propias fuerzas y de su papel transformador. Y sin embargo, como recuerdan los más agudos observadores de los años sesenta, los episodios culminantes de la liberación del Tercer Mundo provocaron también la disolución de esa noción comunista de acción colectiva que había definido a la izquierda desde 1917.

Chris Marker, en su film *Sans soleil* (1982), ofreció una reflexión sobre el reflujo de la "gran ola" del colectivismo del siglo XX; particularmente en la escena filmada en 1980 en Guinea-Bissau que muestra al entonces presidente Luís Cabral condecorando a un militar por sus hazañas revolucionarias. Amílcar, el medio hermano de Luís, había liderado con éxito la guerra de guerrillas contra los portugueses; eso es lo que la ceremonia conmemoraba. Pero las lágrimas del soldado al recibir los honores "no expresaban la emoción del antiguo guerrillero, sino el orgullo herido del héroe, que no se sentía distinguido por encima de los otros". Un año más tarde, este soldado se convertiría en el autor de un golpe militar. El deseo de ser singular es el gusano en la fruta del colectivismo. El comentario del narrador en *voice-over* continúa: "Y detrás de cada rostro, una memoria. Y donde nos quieren hacer creer que se ha formado una memoria colectiva, hay mil memorias humanas que pasean su herida personal por la gran herida de la historia".

El film se abre camino a través de la espiral de una sociedad mundial emergente, desde Europa hasta África, Asia y Norteamérica, y el recorrido tiene su origen en *esta* ruptura que la izquierda histórica interpreta como un fracaso de la dinámica misma de la historia. Marker insiste en este punto, citando al poeta portugués Miguel Torga cuando habla de la revolución contra la dictadura de Salazar: "Cada protagonista de este encuentro no se representa sino a sí mismo; en vez de una modificación del panorama social, lo que busca es simplemente, en el acto revolucionario, la sublimación de su propia imagen". Pero a continuación la escena se desplaza hacia las fascinantes imágenes producidas por el sintetizador de Hayao Yameneko, sombras eléctricas que vuelven a reproducir las luchas de los años sesenta y setenta (las primeras que se nos muestran son las grandes protestas en Japón contra la construcción del aeropuerto de Narita). La facticidad del registro fílmico (lo que André Bazin denominó "la ontología de la imagen fotográfica") se ve difuminada en miles de coloridos puntos vibrátiles que hacen que las imágenes parezcan sombras de fantasmas. Para Yameneko, el ámbito de lo electrónico es un espacio de libertad. En una frase agrídulce que devela la clave de su pensamiento, el narrador deduce cuáles

serían las consecuencias culturales derivadas de la capacidad de producir este tipo de autoimágenes sublimadas: "Observo sus máquinas. Pienso en un mundo donde cada memoria pueda crear su propia leyenda".

Veinte años antes, el *pop art* había monumentalizado las imágenes del periodismo y de los cómics, dejando a las colectividades industrializadas de la cultura fordista de postguerra expuestas frente a sus propias raíces afectivas. Eso es exactamente lo que Marker vuelve a hacer en *Sans soleil*: muestra a las multitudes japonesas en marcha bajo la presencia típica de gigantescas vallas publicitarias. Pero lo que comprendió cuando arrancaba la década de 1980, por mediación de su joven intercesor Hayao Yameneko, es que las futuras historias de la subjetividad serían miniaturizadas en espejos electrónicos personales, como esas gafas de sol que nos tiñen el mundo y hacen de cada individuo un enigma para los demás. ¿Existe una política del sueño urbano mediatizado cuya partitura el narrador de *Sans soleil* afirma haber descifrado mientras viajaba en el tren subterráneo de Tokio?

Desde esa década en adelante, los sociólogos postmodernos repiten lo contrario. Afirman que la nuestra es la era de la vida líquida, del amor líquido, del miedo líquido, del tiempo líquido.¹ Sumergidos en el cambio tecnocientífico, dicen, nuestras reacciones ante los acontecimientos no logran nunca adquirir la consistencia de una política viable o de principios éticos compartibles. Y en algo no se equivocan: cualquier alternativa a la norma postmoderna tiene que habérselas con el caótico flujo de cambio; pero también con la regularidad de sus crisis sistémicas.

"El 99, nuestro 68"

La noción comunista de colectividad es una larga sombra que se proyecta sobre quienes se adhieren al credo, pero también sobre quienes lo rechazan. Cuando, quienes estamos a la izquierda, nos ponemos a "pensar en serio", nos aferramos siempre a las categorías clásicas de colectividad y clase, a pesar de que dichas ideas no tienen anclaje alguno en la conciencia común. Mantenemos la expectativa de que, en situación de crisis, los individuos producidos por el neoliberalismo, con sus intereses y fantasías privados, van a encontrar o adoptar automáticamente una identidad colectiva que por sí sola les dotará del poder de actuar políticamente. Deberíamos haber comprendido hace décadas que quienes pueden provocar cambios en la subjetividad política no son los sujetos que se encuentran sometidos bajo la manipulación masiva de las conciencias, sino los movimientos sociales, que son únicos e irrepetibles en cada momento histórico. Y también que en esta era de la sobrecodificación incesante sólo los grupos experimentales y las redes bien urdidas pueden, si actúan con determinación, prolongar esas transformaciones en alternativas duraderas.

¹ Véanse, al respecto, los trabajos de Zygmunt Bauman, especialmente el primero: *La modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

Si adoptamos esta perspectiva descubrimos que son muchas las rupturas que acaecen en la sociedad contemporánea: no pueden reducirse a 1968 o 1989. El año que importa es el año en que cambió tu vida, el año en que te sumergiste en la multitud descubriendo un nuevo lenguaje y una nueva variedad de gestos, un modo de razonar y de actuar sumado a nuevas formas de placer y de sexualidad, una manera nueva de estar entre amigos, de trabajar y de colaborar. Pero también puede ser el año —un año que quizá se repita varias veces a lo largo de una vida— en el que descubres sistemas, inmensas fuerzas implacables y mortíferas que operan apoyándose en fundamentos instrumentales, jurídicos y soberanos; sistemas que aplastan a otras personas diferentes de ti y que amenazan lo que parece ser una existencia cada vez más precaria. Repentinamente quieres romper con ese nexo de fuerzas. Surgir de la multitud heterotópica y compacta que conforman los manifestantes para tratar de comunicar lo que has comprendido: pero te rodea una vasta panoplia de aseveraciones, de interpretaciones, de llamadas a la acción, incluso de estilos de vida. He ahí el estado de confusión en el que nace una subjetividad política.

El 99 fue nuestro 68. Lo leí, como un eco de mis propios pensamientos, en el weblog de alguien para mí desconocido.² El 18 junio de ese año Reclaim the Streets lanzó el primer "carnaval contra el capital", antes de las protestas de Seattle, en noviembre y diciembre de 1999. Pero el año podría haber sido también 1997, cuando el "encuentro" zapatista tuvo lugar en España; o 1998, cuando sucedieron los primeros "días de acción global" contra la OMC. Una vez más, se estaban abriendo líneas de comunicación y de colaboración que rompían el aislamiento entre los bastiones militarizados de la sociedad de consumo en el Norte y los modos otros de vivir y de luchar en América Latina, África, India o incluso China: se rediseñó el mapa del mundo, de una manera semejante a como el mapa bipolar de la Guerra Fría se vio transformado a principios de los años cincuenta con la invención de un "Tercer Mundo". Sin embargo, para esta nueva generación política el trazado —más bien la interconexión— de los continentes era diferente. Porque el mapa del mundo estaba ahora revestido de una malla microscópica: si las luchas que se sostenían en la distancia también importaban *aquí*, donde tú vives, era porque tus luchas estaban íntimamente conectadas a las remotas comunidades constituidas por colaboradores y compañeras, por persuasivas voces amigas.

Las experimentaciones con la política de redes no fueron una mera moda ni una nueva forma de entretenimiento. Garantizaron un acceso al mundo, al pensamiento íntimo de los extraños, a debates y diálogos sobre los temas de mayor importancia, a las multitudes en las calles y, sobre todo, a nuevas capacidades de agencia y de intervención política. Volvieron a despertar un sentimiento de generosidad y una economía del don a escala tanto de masas como molecular. Fue a través de movimientos sociales ignorados por los expertos y los sociólogos de renombre, pero que en realidad eran inmensos, como una generación política recuperó la

2 Karl Palmås: "99, our 68", http://www.isk-gbg.org/99our68/?page_id=37.

capacidad de comprender cómo estaba sucediendo una reorganización geográfica del capitalismo sin precedentes. La propensión de sus ciclos a la crisis y a provocar salvajes arrebatos de violencia y barbarie, era algo que estaba a punto de mostrarse con toda su fuerza una vez más.

Esta historia vivida desde hace poco estuvo imbuida de un espíritu constructivista e incluso literalmente productivista, como si nuestra época diera la réplica a los experimentos de las vanguardias soviéticas. Pero los nuevos intentos de transformar el funcionamiento del sistema productivo ocurren en el contexto del giro lingüístico de la economía, y, por tanto, requieren ser discutidos no sólo en términos de herramientas y rutinas laborales, sino sobre todo en términos de comunicación y códigos.³ La aparición de internet como una esfera pública transnacional a mediados de la década de 1990 implicó literalmente una *descodificación* del conocimiento especializado gubernamental, militar y corporativo. Las cajas negras de la tecnología de la Guerra Fría se fueron abriendo gradualmente y los sistemas operativos de la comunicación planetaria se revelaron a las masas profanas.

Los hackers extienden cada vez más el proceso de descodificación de todo aparato o sistema que las corporaciones o los gobiernos cierran a la intervención externa, y al mismo tiempo diseminan la noción de cultura abierta. El proyecto Linux, basado en el sistema operativo Unix de dominio público, puso un palo en las ruedas del plan de expansión empresarial global aplicando un ejercicio de ingeniería inversa a un chip de Intel que había sido diseñado para operar sólo con el código de Microsoft. Poco después, muchos servidores web funcionaban ya con software libre. A medida que los formatos abiertos de herramientas de comunicación fueron estando más disponibles a nivel mundial, se desarrollaron nuevos tipos de asociaciones basadas en el trabajo voluntario y de organizaciones independientes que hacían uso de dichos formatos y herramientas. Se *recodificaron* los modos de control jerárquico, las formas permitidas de conectividad, los límites estructurales y las opciones por defecto en el dominio de las máquinas y, más en general, en todas las dimensiones de la nueva sociedad transnacional, que entonces estaba en plena expansión. La explosión de internet ocurrió al mismo tiempo que se producía una apertura repentina de las fronteras y una democratización en la estela de 1989. Descodificar y recodificar se convirtieron en tareas fundamentales para el cambio social: los individuos, los grupos y las organizaciones pugnaban por comenzar de nuevo, teniendo en sus manos nuevas herramientas y albergando la esperanza de poder liberarse, por fin, de todas las reglas arbitrarias.

Desde el año 2000, cuando se desinfló el boom puntocom y las maquinarias de creación de tendencias de las naciones superdesarrolladas pusieron fin a su periodo de experimentación, a lo que hemos asistido —y lo que hemos experimentado como una presión intensa sobre nuestro sistema nervioso— es al intento de volver al orden, es decir, a una campaña planetaria de *sobrecodificación*, según el nombre que Deleuze y Guattari le dieron en *Mil mesetas*. Esta noción,

3 Remito a mi intervención en el seminario *Los nuevos productivismos*, que tuvo lugar en el MACBA de Barcelona en marzo de 2009 (http://www.macba.cat/controller.php?p_action=show_page&pagina_id=33&inst_id=25605).

que Guattari y Deleuze desarrollaban a partir de una crítica del estructuralismo lingüístico, describe el análisis de la conducta humana, la constitución de modelos abstractos concebidos para canalizarla y la imposición de esos modelos sobre poblaciones enteras mediante aparatos técnicos, rutinas de interacción, equipamientos colectivos y ambientes fabricados.

En textos anteriores he relatado en detalle tanto la historia del concepto "sobrecodificación" como su pertinencia en la situación actual.⁴ Pero para intuir qué significa la sobrecodificación basta con fijarse en la explosión de las plataformas que en la web 2.0 están destinadas a inducir y vigilar el comportamiento cotidiano, en combinación con la hiperindividualización de los patrones de comportamiento laboral, la seducción para el consumo y la constitución de identidades fácilmente rastreables, las políticas de seguridad aplicadas al espacio público y los aspectos más siniestros de los programas militares contemporáneos, incluyendo los programas de seguridad nacional. La sociedad dirigida en la que vivimos consiste en una nueva *estrategia de contención* que intenta sobrescribir y codificar el enjambriamiento de deseos de emancipación que siempre se despliega en las democracias capitalistas. La ambigüedad fundamental de esta existencia urdida en red saltó a plena luz después de 2001, cuando una multiplicidad de procesos de sobrecodificación empezaron a solidificarse en un nuevo imperio. He ahí a lo que tiene que enfrentarse la generación actual: a las estructuras afectivas y simbólicas profundas de los aparatos de captura más poderosos. Es decir, tiene que hacerlo si quiere dotarse de consistencia sostenida en el tiempo y encontrar sus propias respuestas al presente.

Territorio y experimento

Me di cuenta de lo que estaba haciendo cuando un amigo me dijo: "Se trata de un territorio". Se refería a mis imágenes y crónicas de las calles tomadas por las insurrecciones globales. La experiencia que en ellas se adquirió en construir bases móviles, consteladas de performances estéticas, estructuradas por discursos "contra-consenso" y multiplicadas por la proliferación de agenciamientos sociales, ha conducido posteriormente a otros territorios donde la problemática sigue siendo la misma: cómo una muchedumbre se configura bajo un horizonte nuevo. Lo hermoso es que la apertura de un horizonte no te impida ver y sentir el lugar donde estás. No es por casualidad que la cartografía de las potencias se convirtiera en una de las expresiones emblemáticas de esta cultura rizomática.

En lo que a mí respecta, la culminación de la estética del mapeo llegó con la recuperación del proyecto más singular de Félix Guattari, la *cartografías esquizoanalíticas*.⁵ Los cuatro campos de experiencia que Guattari propuso no mapean espacios, sino que intentan diagramar el

4 Véanse los ensayos recogidos en la última sección ("Dark Crystals") de mi libro *Escape the Overcode: Activist Art in the Control Society*, Van Abbemuseum, Eindhoven y WHW, Zagreb, 2009. Están disponibles, como la mayor parte de mi producción teórica, en mi blog <http://brianholmes.wordpress.com>.

5 Véase Félix Guattari, *Cartografías esquizoanalíticas*, Manantial, Buenos Aires, 2000.

solapamiento de ritmos, panoramas, ideas y trayectorias corporizadas que permiten a una subjetividad configurarse en un lugar singular, el territorio. Sin embargo, el ritmo mismo que te hace tocar tierra tiende también a disolver ese lugar único para pasar a fundamentar otros ámbitos, otras actividades posibles que pueden a su vez devenir lugares, siempre por debajo de lo virtualmente posible. Construir ese tipo de "lugares" móviles y explorar sus horizontes de posibilidad se convierte en la más interesante y urgente de las tareas. Ello requiere invocar metáforas, analizar realidades, forjar dispositivos y puntos de entrada, desatar un proyecto experimental en el seno de la sociedad con todas las energías y capacidades de quienes lo componen. La "deriva continental" en la que algunos hemos estado implicados durante ya varios años necesita sus propios vehículos, una multiplicidad de ojos, lenguas y oídos. Requiere intensidad en sus escenarios, encuentros, expresiones. También sus propios medios de diseminación y archivado, sus protocolos y sueños emblemáticos, junto con unos pocos buzones de correo y direcciones.⁶ De nuevo, "se trata de un territorio".

Los artistas-activistas, lean o no a Guattari, han llevado esta creatividad social y maquínica por los caminos más diversos. Proyectos como Makrolab o Hackitectura ofrecen ejemplos explícitos, plenos, con sus propios modelos y prototipos, sus metanarrativas. Pero también me vienen a la mente los núcleos de actividad política y estética marginales que se han multiplicado a lo largo y ancho del mundo, desde los foros sociales hasta las células anarquistas más salvajes, los centros vecinales, las cooperativas de artistas, los grupos editoriales y los proyectos de investigación, todos los intentos disidentes de transformar la ley o la psique o los entornos de vida. No se trata de indicios de una sociedad futura sino de *experimentos territoriales*, alerta tanto frente a lo que se mueve en los horizontes circundantes como a las dinámicas internas de sus propias tareas, sus metáforas en evolución, sus localizaciones físicas y sus conexiones discursivas con lo posible y lo real. Lo que hace unos pocos años parecía una retirada de los movimientos globales, se ha revelado como una profundización de la experimentación, en el espacio que se abrió cuando los hilos rojos del viejo internacionalismo volvieron a ser trenzados para urdir nuevas relaciones en la distancia y en la proximidad. Tomando en préstamo una frase del sociólogo uruguayo Raúl Zibechi, se podría decir que en muchos lugares y en diferentes niveles de la sociedad el desarrollo actual de proyectos alternativos parece atravesar una fase de latencia y de crecimiento interior.⁷

No es ocioso hacer referencia al trabajo de Zibechi sobre los movimientos sociales autónomos de Argentina de la segunda mitad de los años noventa, a pesar de las enormes diferencias que existen entre el contexto que analiza y cualquier otra situación de las que se dan en el hemisferio norte. Después de un periodo de tremendo expansionismo económico que se alimentó de las energías vitales de grandes masas de población —y que provocó el correspondiente abuso de los conceptos de "biopoder" y "biopolítica" por parte de la izquierda

⁶ Visítese <http://www.16beavergroup.org/drift> y http://www.heavyduty.com/books/farms_pdf.

⁷ Raúl Zibechi, *Genealogía de la revuelta. Argentina, una sociedad en movimiento*, Letra Libre, La Plata, 2003.

autónoma—, la ciudadanía de los países del Norte asiste ahora al desgaste generalizado de la clase media, tal y como había sucedido previamente en América Latina en varias oleadas sucesivas desde el comienzo del periodo neoliberal en la década de 1970. La "precariedad" o "precarización", cuando es capaz de hacer temblar la estabilidad institucional y de socavar los procesos dominantes de sobrecodificación, puede también hacer posible que las críticas se perciban socialmente como algo válido, y, sobre todo, que las alternativas cobren sentido. Un país europeo, Grecia, ha visto incluso movimientos de base surgir y extenderse voraces como el fuego, encabezados por insurrectos resueltos. Pero no podemos esperar que las fuerzas sociales sean así de sólidas por doquier; y el ejemplo argentino enseña que no podemos tener la certeza de que los bloqueos en las calles y la detención de una ciudad durante uno o dos meses vayan a cambiar el orden mundial. Si el movimiento de crecimiento interior resulta vital en este momento, es porque necesitamos con urgencia conocer el suelo que pisamos, con sus grietas, sus secretos enterrados, sus aguas estancadas y sus callejones sin salida. Es una cuestión puramente práctica. La experiencia límite de la marginalidad política consiste en mirar a la multitud en torno a ti y sentir que no tienes ni la más remota idea de cómo se van a comportar si la situación empeorase.

Entre esfinges

El problema de las sociedades sobrecodificadas es que no te dejan enfrentarte a solas con tus propias preguntas. El marco de la respuesta que puedas dar está siempre prefigurado; pero lo que se te impone no son exactamente los contenidos de la respuesta, sino más bien sus parámetros abstractos. Tanto en el arte como en la política, las discusiones serias siempre se retrotraen a los años sesenta y setenta: quizá debamos reconsiderar nuestras cronologías. Puede que sean las preguntas del presente, incluso las del futuro, las que resaltan, retrospectivamente, la importancia de los pensamientos del pasado. Sea como fuere, quiero finalizar con una historia inconclusa que tomo prestada de un videasta contemporáneo, porque me sirve para explorar las escalas de la existencia en un territorio, el norteamericano, al que he venido regresando poco a poco durante los últimos años.

Brian Springer es conocido en los círculos mediactivistas por una gran obra: el documental pirata *Spin* (1995). Lo que Springer hizo fue comprar una antena parabólica y un descodificador que le permitían grabar las transmisiones del emergente sector empresarial de la televisión por satélite. A comienzos de la década de 1990, los principales canales de noticias adoptaron un modo de producción en red: enviaban a través el espectro de microondas la señal sin codificar de entrevistas en vivo e informes de sus corresponsales, que se editaban después cuando eran recibidas en estudios situados a larga distancia. El consumidor medio de televisión permanecía enganchado a los canales existentes ignorando la existencia de estas frecuencias de emisiones

sin cortes, pero Springer, con su equipo, fue capaz de capturar más de 500 horas de noticias en bruto, llenas de gestos cándidos en las sesiones de maquillaje y durante los cortes publicitarios, así como declaraciones impactantes realizadas sin intención de que el público las oyera. El decoro del comportamiento en la televisión —es decir, el sobrecódigo de la política espectacular— se veía hecho añicos por parte de sus principales exponentes, facilitando que un mediactivista pudiera construir, sin mucho presupuesto, un impresionante documental sobre la campaña Clinton-Bush de 1992, literalmente observada más bien *entre que tras* las cámaras. Junto con *Videogramme einer Revolution* (1992) de Harun Farocki y Andrej Ujica, *Spin* se convirtió en la piedra de toque para una generación cuya práctica de los *tactical media* buscaba abrir el sistema de emisiones, tanto para exponer las manipulaciones oficiales como para desarrollar nuevas formas de expresión informadas.⁸

Hagamos un *fast-forward* hasta 2007, el año infame en el que el sobredimensionado mercado inmobiliario estadounidense empezó a desplomarse. Springer realiza otra película semi-autobiográfica, bien diferente a la anterior, titulada *The Disappointment: Or, the Force of Credulity*.⁹ El film toma su nombre de la primera ópera de baladas escrita en Estados Unidos en 1767, que consistía en una sátira sobre una doble locura colonial: la búsqueda de tesoros y el espiritismo. Pero la versión de 2007 comienza con un primer plano de una extraña escultura sincrética: una "criatura" que es a la vez insecto, reptil, anfibio y mamífero. Una voz femenina vacilante, con acento británico, claramente sintetizada por ordenador, lee el contenido de una base de datos sobre este misterioso artefacto pétreo. Un cambio repentino a primera persona nos hace escuchar la voz electrónica de la criatura explicando: "He estado perdida durante mucho tiempo...".

La criatura híbrida, narradora de su propia leyenda, nos presenta a la familia Springer: la madre, Doris; el padre, C.W.; y los dos hijos, Larry y Brian. Su historia consiste en la búsqueda del oro y del diario íntimo de un explorador español, supuestamente enterrados en las cuevas calizas que hay bajo una granja de Missouri. Pero tenemos otro personaje principal: Kate Austin, amiga de Emma Goldman y olvidada heroína del anarquismo estadounidense, que vivió en esa misma granja a finales del siglo XIX. Sus papeles personales desaparecieron tras su muerte, creando un aura de incertidumbre alrededor de este raro personaje, una anarquista rural. Una imagen satelital de los campos de Missouri se transforma en un mapa del tesoro. Un punto rojo, que señala la situación de la granja de Austin, se conecta con otros tres: la cueva caliza, un misterioso jeroglífico tallado en una roca y el lugar donde fue encontrada la criatura híbrida en la década de 1880, antes de que los arqueólogos dictaminaran que se trataba de una falsificación, por lo cual "la perdieron las instituciones de la historia". Con ello, se ponen sobre el tapete todos los elementos necesarios tanto para sumergirse en una historia muy personal como para poder excavar en el inconsciente nacional.

8 *Spin* está distribuido a través del sitio web Illegal Art: <http://www.illegal-art.org/video/index.html>.

9 *The Disappointment* está distribuida por Video Data Bank, <http://vdb.org>.

De entre las reflexiones de Emma Goldman acerca de la disposición que los patriotas muestran a lanzar bombas desde máquinas volantes, y el recuerdo de las lágrimas de Ben Franklin porque la locura de los buscadores de tesoros podría arruinar la incipiente economía del país, lo que surge poco a poco es el relato de un hombre común, C.W. Springer, que salió de Estados Unidos para tomar parte en una de las guerras más olvidadas, el "conflicto coreano". Su trabajo consistía en avanzar más allá de las líneas del frente, para indicar la dirección de los bombardeos extensivos de napalm que asesinaron a cientos de miles de personas, convirtiendo en ceniza violeta una parte importante del país. A su regreso, no pudo hablar durante semanas; pero lentamente volvió a la vida y, según nos cuenta la distante, casi incrédula voz electrónica de la narradora, "ascendió a la clase media y se compró una casa en el este de Kansas". Años después, enseñó a la familia Springer cómo visualizar fantasmas, mirando fijamente una imagen y cerrando bruscamente los ojos. A comienzos de los años setenta, descubrieron que el efecto de luminiscencia más fuerte era el que emanaba de los presentadores de televisión que informaban sobre Vietnam... Pero, más tarde, los rumores sobre un tesoro enterrado llevó a C.W. y su familia a Church Hollow en Missouri, el lugar donde se situaba la granja de Austin. Los recuerdos traumáticos de Corea se desvanecieron en la búsqueda en apariencia interminable del oro enterrado.

La película alcanza su enigmático epicentro con las reconstrucciones de las sesiones de escritura automática de Doris, la madre de Springer. Ella sufre una misteriosa herida en la mano, antes de sentir que lo que puede y tiene que hacer es reproducir el diario de un sacerdote español, en posesión del oro de un antiguo imperio, que fue asesinado por los indios en la cueva. Springer describe este diario "canalizado" (¿el equivalente espiritista de las falaces promesas de las campañas?) como "una elaboración del momento reprimido en que su marido experimentó la barbarie bélica". El diario se convierte en un plan de búsqueda interminable y fútil en la cueva, cada vez más peligrosa, y que el film parece tratar de exorcizar a varios niveles. Pero lo que nunca sale a la luz son los escritos desaparecidos de Kate Austin, que se convierten así en el signo de otro futuro posible al margen de la pesadilla de la expropiación familiar y de la guerra imperial, pesadilla de la que millones de estadounidenses ingenuos, presas de la incredulidad, pugnan ahora por despertar.

En 1995, *Spin* señalaba hacia una abertura en el cambio tecnológico y en los modos de organización, en un momento en el que la lucha por el control de los mercados globalizados dejó agujeros abiertos en todos los sistemas de seguridad. De inmediato, activistas disimulados como los Yes Men lograron ocupar esos huecos, buscándole las vueltas a los sucesos mundiales, capacitados con un conocimiento de los procesos complejos de las conexiones de redes que los poderes empresariales todavía no controlaban del todo. En 2007, cuando esa apertura ya se había cerrado, el mismo cineasta que escudriñaba las estrellas bajó la vista para escrutar la malla de falsas ilusiones sobre la que pisamos, en el mismo momento en que el ejército buscaba

asegurarse una fuente de riquezas prehistóricas bajo la arena del desierto y la crisis de los créditos hipotecarios hacía volar en pedazos el sueño americano por antonomasia, el de tener un hogar propio.

Para definir los "aparatos de captura", *Mil mesetas* explora dos ideas opuestas: el concepto legal de *mutuum*, el medio de intercambio, que comprende el tipo de contrato libremente acordado y libremente rescindido; y el concepto jerárquico de *nexum*, el lazo, el nudo, el vínculo social de obediencia y sumisión. Este último constituye el dominio simbólico del "temido emperador mágico" que aparece bajo muchas otras formas en los estudios de Georges Dumézil sobre la mitología indoeuropea. Durante la última década, hemos asistido al regreso aleccionador de esta figura imperial en Estados Unidos; es por eso que parece erróneo suponer que el flujo del intercambio mutuo sin fronteras representa la superación definitiva de la antigua afirmación territorial del poder soberano, puesto que ambos conceptos no son sino los polos opuestos de una misma relación económica, tal y como aclara Dumézil: "El *mutuum* es, literalmente, (*aes*) *mutuum*, 'el dinero que se toma prestado', y también 'pedir prestado'. *Nexum* es el estado del *nexus*, del deudor insolvente que ha sido, de manera muy literal, sometido y subyugado por parte del acreedor".¹⁰

El film de Springer explora los mismos temas, pero en las formas materiales y corporales. El intento de liberarse del trabajo asalariado (ya sea encontrando un tesoro enterrado, participando en el mercado inmobiliario o invirtiendo en bolsa) desvela un panorama aún más sombrío de antiguas deudas, en el que resulta indisociable la doble sensación de acudir al reclamo de una promesa y de caer en una trampa. Encontramos aquí algunas claves que resultan vitales para un activismo cultural que tendrá que saber manejar no sólo las tecnologías de comunicación avanzadas, sino también las motivaciones humanas más sombrías, y elaborar la arqueología de un orden económico que amenaza con desplomarse en la miríada de agujeros, túneles ciegos y arquitecturas del fraude que lo fundamentan. *The Disappointment* da con una vena oculta, que late con una vida sepultada, y que sólo se podrá encontrar si se excava bien profundo, asumiendo el riesgo.

En sus *Cartografías esquizoanalíticas*, Guattari afirma que un territorio conlleva su propia apertura a la desterritorialización, pero también el riesgo de devenir en "agujero negro": la pérdida del afuera, la incapacidad de pensar, de sentir, de no ver nada que no sea el entorno cercano, tan próximo que se confunde con tu propia piel. Los grupos que trabajan experimentalmente a un nivel territorial, aferrados a la estética de la vida cotidiana, tratan de abrir un horizonte después de haber reconocido y explorado las fosas comunes donde los lenguajes del poder arraigan generación tras generación. Los vínculos que conectaban, en las democracias industrializadas, la producción de masas fordista, el deseo consumista y la guerra distante, sustentada a su vez por el racismo colonial, constituyen aún los cimientos de las políticas simbólicas de nuestra era,

¹⁰ Georges Dumézil, *Mitra-Varuna: An Essay on Two Indo-European Representations of Sovereignty*, Zone Books, Nueva York, 1988, p. 99.

sobrecodificadas por un *nexus* financiero no por sofisticado menos violento. Cuando se lo somete a presión, todo país se vuelve un enigma que pide a gritos ser descifrado. Ser capaces de crear un territorio móvil en este nivel de parálisis social supone poder abrir una brecha en el decorado psíquico, señalar a la multitud insegura una salida en el momento de mayor tensión.

Para Springer, el anarquismo feminista de la amiga desconocida de Emma Goldman, en pleno Medio Oeste, representa un diagrama de posibilidades aún no realizadas, un rizoma libre. Siguiendo esos senderos imaginados por el deseo, la narradora, una esfinge local de voz electrónica congelada, podría emerger de nuevo a plena luz del día para hablar con otros.